

trar en todo ese cántico que tan admirablemente explana; allí acrece su entusiasmo, al interpretar las frases que aluden al corazón de los soberbios; allí se extiende en preciosas consideraciones sobre esa víscera esencial de la existencia del hombre; allí enumera después los beneficios dispensados al pueblo de Dios, á la nación predilecta de las promesas y de las esperanzas; allí, en fin, el corazón de Bernardino se derrite al calor del Corazón de María y del Corazón de Jesús, cuyo Nombre propagó, escribiéndolo, nuevo Esdras, millones de veces para repartirlo por todas partes; allí, al considerar al *Israel, que ha recibido á su Niño*, y á ese mismo Israel, que *como un párvulo ha sido amparado y recibido por el Dios* encarnado en el seno, y alimentado con la sangre del Corazón de María, el pacificador de las disensiones civiles de su patria, se muestra dulcísimo, inspirado, sublime, santamente embriagado en la alegría y el regocijo de ese Corazón, que nos dió al Príncipe de la Paz, y al Niño nacido para nosotros.

Llama del amor que saborea, *amoris saporantis*, apellida seguidamente el Santo á la quinta palabra salida del Corazón de María entre los límites del pesar y los confines del regocijo y la alegría al encontrarle á Él, al amado de su Corazón y de su alma, á los tres días de perdido, en el Templo Santo: provechosa lección dada por esas frases al corazón humano, que exaltado en los placeres y en las satisfacciones, no sabe reservar algo de esa exaltación y de ese entusiasmo para templar su dolor en las circunstancias difíciles y críticas de la vida; que no acierta, como Job, á bendecir, resignado, la mano que para su bien le hiere; que fué fiel á Dios en la bienandanza, y se aparta ó desconfía de Él en la adversidad; por eso establece el comentarista de las grandezas y de los secretos de ese Corazón puro é inmaculado, dos sabores, encerrados ambos é indivisibles é inmutables, en el seno del Corazón de María, como en el seno del amor inefable de Jesús; sabor de dulzura y sabor de amargura; y cuando la Virgen pronuncia aquella frase dulcísima, expresión y manifestación total del tesoro de

ternura que palpitaba bajo su pecho: *¡Hijo!* saborea ese amor en su dulzura; y cuando continúa: *¡Por qué lo hiciste así con nosotros?* Sigue manifestando, á la vez que esa dulzura inefable y purísima, la profunda admiración que le causa la misteriosa conducta del Niño de su Corazón y de su alma; pero reverente, humillada, y como temerosa de haber sido ocasión ó motivo para ella: y cuando concluye refiriendo la pena de ambos esposos y las diligencias vivísimas practicadas para encontrarlo, saborea, dice San Bernardino, ese otro amor de amargura, que hizo cantar anticipadamente á la Esposa de los antiguos días—*Mis manos destilaron la myrra*—; y antes á Noemi, desamparada, á Orphe y Ruth, sus tiernas hijas; no me llaméis Noemi, llamadme *Mara*, porque el Omnipotente me *ha llenado de amargura*; ó como vaticinó el coronado Profeta: *me ha embriagado con ajeno*.

Quisiera entreabrir otra vez ese Corazón amante por la experta y hábil mano del Demóstenes de Italia, á que voy aludiendo, en la palabra *¡Hijo!*: es la única, la sola vez, que según la narración evangélica, esa palabra de inefable encanto se escapa de los labios y del Corazón amoroso de la Virgen Madre, y esta circunstancia hace saborear esa frase, revolviéndola con santa embriaguez en sus labios, á este Padre del Corazón de María; pero es preciso adelantar en el discurso: pasemos á la palabra sexta.

Entre las santas y dulces alegrías de un convite, en las bodas misteriosas de Caná de Galilea, en solicitud y demanda del primer milagro ostensible realizado por Jesús durante su vida mortal, el inmaculado y amoroso Corazón de nuestra Madre, deja escapar estas frases, que la constituyen desde luego, en aquella mesa, en la universal y prodigiosa maternidad que confirmara Jesucristo después, subido en el árbol santo de la Cruz: *¡No tienen vino!* palabras de compasión y de piedad, que San Bernardino, privado casi de la voz, como sabéis, y favorecido milagrosamente por María en este punto, llama, entusiasmado, palabras ó llama de *amor compasivo, amoris*

*compatientis*: palabras que aunque dirigidas á aquel *Hijo*, cuya pérdida lamentaba en las anteriores y de cuyo hallazgo se regocijara entre dulces amarguras, iban, como de rechazo, dirigidas á nosotros, á la humanidad pobre, miserable y desnuda, y afligida y desconsolada, á la humanidad que la pide sin cesar vuelva hácia ella sus ojos de misericordia, porque los hijos de la mujer primera, claman y suspiran por la mirada de la mujer segunda en este valle de lágrimas: allí acreditó, sépalo de una vez para siempre la impiedad, y sobre todo el protestantismo, su carácter de *intercesora y abogada*: y en fin, bajo el velo misterioso del licor, que en frase del Libro Santo *alegra el corazón del hombre*, expresó María admirablemente en su color, en su dulzura y en su fuerza, según su agredido panegirista del siglo XV, que el mundo pagano, y aun el pueblo escogido, y aun el futuro pueblo llamado, extragado por el pecado y el error, no había de conocer, ni la claridad del Verbo, descendiendo del Padre, ni la dulzura de su divina palabra, que mil veces había de caer, como la semilla de la evangélica parábola, entre espinas y entre piedras, y permanecer, como consecuencia de todo esto, insensible é indiferente, duro y frío ante la fuerza y el calor de ese Verbo, procedente de Dios y humanado en el Corazón de María.

¡Dulce y amante Corazón! Tú, en medio de las alegrías y del bullicio que en derredor tuyo reina; cuando nadie se acordaba del disgusto que podía ocasionar á los nuevos esposos esa falta que milagrosamente va á remediarse por tu intercesión amorosa y callada, tú, que todo lo prevés y lo anticipas, tratándose de las necesidades de tus hijos, te inclinas, Madre querida, al oído de tu divino Hijo para suplicarle en favor de esa nueva y numerosa prole que has dado á luz al mismo tiempo que al Verbo, resumiendo en tu admirable *¡fiat!* los dolores de ese nuevo parto, las lágrimas de ese nuevo alumbramiento: nueva é inefable Rebeca, tú llevas ya en tu amante Corazón y seno virginal dos pueblos; y sin temor á la repulsa, aunque aparente, que tu amorosa súplica ha de recibir, esperas el mi-

lagro con la misma confianza que Judith, la salvadora de Bethulia, después de orar, esperaba, por su mano, la libertad de sus compatriotas.

Todo es ya para nosotros y por nosotros en las palabras del Corazón de María, tan admirablemente interpretadas por San Bernardino de Sena: ved, para concluir, la séptima, que titula *Llama de amor que consume*, como si esa frase pusiera el sello á todas las anteriores en orden al amor que nos profesa, y como si el Santo Padre, necesitando descansar, y descansar como Dios, y más que Dios, y mejor que Dios después de la septenaria obra de su creación inefable, quisiese, antes de soltar de su mano la elocuente pluma, hacer el último, atrevido y supremo esfuerzo para sondear el abismo sin fondo del amor en el Corazón de la Inmaculada entre todas las criaturas.

Palabra de amor, de esperanza y de consuelo, de instrucción y de enseñanza, dirigida no ya á Dios, no ya al Angel, no ya á Isabel, su prima, no ya á Jesús, su hijo entrañable y amado, sino á la humanidad toda, á todas las naciones, y los pueblos, y las razas, y las familias, y las sociedades y los individuos: al justo, como al pecador; al pobre, como al rico; al afligido, como al que se juzga dichoso: *Haced todo lo que os mandare*; y el milagro se consumó, obedeciendo los sirvientes á la voz de María, como se consuman otros muchos, y se han consumado y se consumarán hasta el fin de las edades, siempre que nosotros, siervos de ese Corazón santo é inmaculado, obedezcamos sus inspiraciones, no desatendamos sus ruegos y sus lágrimas, atendamos compasivos y agradecidos á sus dolores, y comprendamos, en fin, que después del Corazón Sacratísimo de Jesús, fuente de amor, de grandeza y de gloria, no hay otro Corazón para los hijos miserables de Adán, que el Corazón de la Virgen sin mancilla.

¡Salve, pues, Corazón doloroso, puro, amante, traspasado, á imitación del de nuestro Salvador, con la espada de nuestras iniquidades y de nuestras ingratitudes! A tus pies, Madre mía, tienes millares de corazones que laten por ti, que respiran por

ti, que son tuyos, en la vida y en la muerte, en la prosperidad y en la desgracia, en la abundancia y en la pobreza, en la salud como en la enfermedad, sin que la altura, ni la profundidad, ni la latitud, ni lo sublime, ni el abismo, ni criatura alguna, en frase de San Pablo, sean capaces de separarlos de tu amor; y sabedlo de una vez para siempre, Corazón amante: el ruego y la oración constante de esos corazones, y sus lágrimas y sus suspiros, y su anhelo y su aspiración eterna, es por la unión de todos los corazones, del corazón de la humanidad entera en el amor del vuestro; para que realizándose así el noble deseo del Corazón de vuestro Hijo, en la tierra, podamos algún día entregar nuestros corazones en manos del Hijo y de la Madre, y contemplar ambos Sagrados Corazones en el Cielo.

NOTA. Debo recomendar la lectura de la bella obrita, basada sobre el pensamiento de San Bernardino de Sena, y publicada con motivo de este trabajo oratorio, por el Sr. D. Mariano Cibdad y Olmos, catedrático del Seminario conciliar de Valladolid, y editada por *La Propaganda Católica de Palencia*.

#### CROQUIS DEL SERMÓN DEL CORAZÓN DE MARÍA.

*Mater ejus conservabat omnia verba  
hæc in corde suo.*

Su Madre (María) conservaba en su corazón todas estas palabras.

(Luc. c. II, v. 51.)

*Proposición. Las Siete Palabras de María, según el Evangelio.*

*Exordio.* San Bernardino de Sena.—Breve síntesis de su vida.—El milagro de su voz.—Su Libro de *Septem flammis in Corde B. M. V.*—Sobre el mismo está basado este discurso, aplicable á *Septenario* y aun á *Novenario* de María.

1.<sup>a</sup> *Palabra.* La llama San Bernardino, *de amor separante.*—*¿Cómo se hará esto, porque yo no conozco varón?* María se separa de todo, hasta de la dignidad de Madre de Dios, ante la idea de perder su amada virginidad.—Palabra, por otra parte, que comienza á separar á María de todo lo que no es Dios, que la elige y separa para Él.—Ella había renunciado á todo por la *virginidad.*—Dios la elige á ella sola para su Madre.

2.<sup>a</sup> *Palabra.* *Amor transformante.*—Gloriosa seqüela y consecuencia de la anterior.—Es transformada en Madre de Dios por la pureza de su cuerpo y la humildad de su corazón.—Excelencia de las palabras: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.*—*Virtudes de María* encomiadas por el Senense.

3.<sup>a</sup> *Palabra.* *De amor que se comunica,* según el Santo Padre.—Salutación á Santa Isabel, que no cita, en frase, el Evangelio, pero que San Bernardino supone fué la siguiente: *Cristo sea contigo.*—El bien, es *esencialmente difusivo.*—María comunicándolo luego.

4.<sup>a</sup> *Palabra.* *El Magnificat.*—Brevisima síntesis y división de este cántico, expuesto por el de Sena.—Se apellida *amor de regocijo ó de alegría,* y lo divide en tres partes, encareciendo las tres maneras, *modos ó formas* con que María engrandece al Señor.

5.<sup>a</sup> *Palabra.* Según San Bernardino, *de amor que saborea:* doble sabor, de *dulzura* y de *pesar:* Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros?—Ponderación de la dulzura de la palabra Hijo, y admiración respetuosa contenida en el resto de la cláusula.—Dolor.—En la conclusión.—He aquí que tu Padre y Yo, doloridos, te buscábamos.—Bellisimos textos y profecías *alegadas por San Bernardino* á este propósito.

6.<sup>a</sup> *Palabra.* *No tienen vino.*—En las bodas de Caná.—La llama *de amor compasivo;* palabra que, aunque dirigida á su Divino Hijo, era por nosotros, y para nosotros: carácter de intercesora y abogada.—Entusiasmo de San Bernardino, sobre esta palabra.

7.<sup>a</sup> *Palabra.* A los criados.—*Haced todo lo que os ordenare.*—La denominada de *amor que consume,* sin duda porque por ella se consumó el primer milagro público de Jesucristo.—Esta palabra es toda para nosotros y por nosotros.—Ya no se dirige al Angel, ni á Isabel, ni á su Dios, ni á su Hijo, sino á todos los hombres, y con especialidad á los pobres, afligidos y extraviados.—Aplicaciones y súplica.